

La evolución del estancamiento

Por

Jorge A. Sanguinety

Primero de una serie de dos artículos

Cuba ofrece las condiciones para un estudio en estancamiento socialmente multidimensional. Apenas hay noticias importantes de la isla, el gobierno sufre de una especie de parálisis frente a la crisis que vive el país, especialmente su economía. Pero hasta en el estancamiento se puede ver evolución. De hecho no hay estancamiento absoluto o perfecto, todo evoluciona aunque sea de manera lenta e imperceptible. Ese es el caso de la sociedad cubana en la actualidad. Durante la mayor parte de estos cincuenta años de dominio castrista el país estuvo sujeto a un estado permanente de agitación dirigida a movilizar a las masas. Pero el tiempo nos ha permitido ver y comprender que las movilizaciones eran el instrumento de demolición de una sociedad para retrotraerla a un estado primitivo de organización. No se trataba de dismantelar solamente las estructuras institucionales más salientes y sólidas de la república, incluyendo sus vestigios de democracia gravemente herida, sino también las partículas más elementales de la urdimbre económica, política y social, las que definen y conforman las relaciones interpersonales hasta el nivel de barrio y de familia individual. La agitación y las movilizaciones permanentes condujeron el absolutismo revolucionario que llevaría rápidamente al absolutismo del poder político y económico. Era también el instrumento que serviría para reorganizar la ciudadanía en forma de rebaño y reprimir eficazmente a las ovejas descarriadas.

Pero la salud quebrantada del agitador principal acabó con las movilizaciones. En julio del 2006 el país pasa entonces de un estado de agitación continuo (el principal instrumento del poder de Fidel Castro, pero de nadie más) al estancamiento que hoy observamos. Es interesante notar que nadie reemplazó a Fidel Castro en su papel de agitador nacional. Creo que la falta de reemplazo se debe a que no hay otra persona con su poder de convocatoria. ¿Por qué uso el término estancamiento? Principalmente porque no hay progreso. Porque a veces uno se queda con la impresión de que en Cuba no pasa nada, a pesar de la lucha heroica y permanente de los disidentes y opositores. Las supuestas reformas anunciadas por Raúl Castro después del reemplazo formal del máximo líder como presidente siguen sin ocurrir. Y la disidencia u oposición interna no consigue tener suficiente fuerza para generar acontecimientos trascendentes en la isla.

Sin embargo hay cambios en el país aunque no sean notables o espectaculares, aunque no generen noticias diarias. En las condiciones actuales, esos cambios están siendo causados por los fenómenos demográficos, los cuales afectan tanto a los cubanos en la isla como a los que residen fuera de ella. Tales cambios consisten en el reemplazo gradual de las generaciones. En la medida en que unos desaparecen o se van del país, otros nacen. El cubano típico que habita hoy en la isla podrá tener muchas cualidades parecidas a los que residían en ella hace cincuenta años, pero también tiene muchas diferencias. Una de las más importantes radica en sus expectativas con relación a su futuro y al del país. Independientemente de los problemas económicos que había en Cuba hace cincuenta años, el cubano de entonces podía albergar una esperanza de progresar, algo que el cubano de hoy no parece conocer.

Hay claros indicios que el proceso revolucionario y otros fenómenos sociales han creado un sentido de impotencia y desesperanza en el cubano de hoy, quien casi unánimemente parece pensar que su único futuro es abandonar el país donde nació, aunque tenga que radicarse en cualquier otro lugar del mundo.

En estas condiciones tan deplorables psicológicamente ¿qué se les puede recomendar a los cubanos que hagan con relación a su futuro? ¿Será factible o moralmente aconsejable recomendarles que esperen pacientemente a una evolución interna más rápida después que mueran los dirigentes que impiden el progreso nacional? Es claro que aún cuando los once millones de cubanos quieran abandonar el país, la mayoría tendrá que quedarse en él. Por lo tanto estén preparados o no, tendrán que enfrentar el futuro incierto que se cierne sobre ellos. En tales condiciones hay que preguntarse cuántos cubanos tendrán la entereza de intentar formular alguna estrategia personal para mejorar sus posiciones respectivas ante los cambios que puedan avecinarse. También hay que preguntarse cuántos cubanos estarían dispuestos a hacer algo para propiciar alguna forma de cambio en Cuba.

Los cubanos están acorralados entre un gobierno inepto, inamovible e indolente y un futuro incierto. Nadie sabe si este nudo gordiano nacional será desatado con la muerte de Fidel Castro dando lugar a algunos o muchos cambios, o si la situación se quedará igual. El doble reto a que nos enfrentamos todos aquéllos que queremos hacer algo eficaz para mejorar las condiciones de vida en la isla es por un lado definir concretamente qué hacer desde afuera, y por otro lado qué recomendarles a los cubanos en la isla sobre cómo prepararse para cambios cuya naturaleza verdadera nadie conoce. ¿Tiene sentido recomendarles a los cubanos que se preparen en abstracto para un futuro desconocido?

En este punto yo creo que es esencial reconocer la existencia de lo que yo llamo la “disidencia invisible”, aquélla compuesta por lo que posiblemente sea la mayoría de los cubanos que aunque forman parte de las filas del gobierno desean un cambio profundo en el régimen que los oprime a todos por igual.

Miami, 27 de enero de 2009